



 Parece mentira que la idea práctica de una zona de parqueo en el subterráneo del Parque Central de La Habana, esté suscitando tantos escarceos. Tal parece que en Cuba se tiene que vivir en constante escándalo infecundo a base de chabacana demagogia. Porque ahora resulta que el doctor Rubén Ortíz Lamadrid salta por la barrera del silencio —silencio para otras muchas cosas que sí demandan candente vigor— y tacha la posibilidad del citado parqueo, como una "gabela" más, cuando lo cierto es que no tiene nuestra capital suficiente amplitud para la ubicación de vehículos, sometidos al exceso de los mismos a estrechez de calles coloniales, trazadas para carretones y coches de la época de la colonización. Y en cuanto a protestar de la zona del Parque Central, agarrándose al tan socorrido patriotismo porque la estatua de José Martí está allí, vamos a marginar algunos comentarios saludables... (Siga leyendo, lector).

 ¿Se ofende al Apóstol, porque se horade la tierra, bajo su pedestal? Pero, ¿acaso no es una vergüenza que exista ese monumento raquitico, sin haberse terminado el que se comenzó a instalar en la Plaza de la República? Y, ¿qué decir de los alrededores de la tumba del propio Apóstol, en Santiago de Cuba, donde se enseorea la miseria y existen estercoleros vergonzosos? ¿Nadie se refiere a eso?

 Hay más aún: nuestros compatriotas gritan por lo del Parque Central, pero nada dicen —nada en lo absoluto— por lo que se está haciendo en torno a la estatua ecuestre de Máximo Gómez, que ha sido totalmente emporcada y tapada por los hacinamientos de tierras y desechos provenientes de las obras del túnel de la bahía. ¿O será que Máximo Gómez no interesa? ¿O es que su jerarquía histórica no marcha pareja con la de José Martí? Vamos, señores, que el progreso tiende a dignificar a los héroes, cuando se trata de fomentar el auge de la civilización. La Habana ya no tiene 50,000 habitantes.

Avance, Julio 26/56